



## Comentario bibliográfico

**Appelbaum, Robert: *Terrorism Before the Letter: Mithography and Political Violence in England, Scotland and France 1559-1642*, Oxford, Oxford University Press, 2015.**

**Roberto Antonio Sánchez**

*Facultad de Filosofía y Letras – Universidad de Buenos Aires /  
Archivo General de la Nación  
robsanchez.86@gmail.com*

*Fecha de recepción: 25/11/2016  
Fecha de aprobación: 29/11/2016*

**E**n el trabajo aquí reseñado, Robert Appelbaum despliega con suficiencia sus conocimientos en análisis literario. Desde su formación académica respaldada por Stephen Greenblatt hasta su actual cargo como profesor de Literatura Inglesa en la Universidad de Uppsala (Suecia), Appelbaum cubrió una amplitud temática en su bibliografía aproximándose incluso a los *food studies*<sup>1</sup>. *Terrorism before the letter* es un salto cualitativo en su producción al aunar dos de sus mayores intereses: el examen del vasto universo literario durante la modernidad europea y su atracción por el terrorismo como objeto de estudio. En base a ello, Appelbaum afirma que el fenómeno se nos aparece a todas luces novedoso aunque se trate de una

---

<sup>1</sup> Al respecto véase: Appelbaum, Robert: *Aguecheek's Beef, Belch's Hiccup and Other Gastronomic Interjections: Literature, Culture, and Food among the Early Moderns*, Chicago, Chicago University Press, 2006.

figura fundacional del pensamiento occidental velada tanto por el paso del tiempo como por su complejidad conceptual.

La obra está estructurada en seis capítulos titulados en función de determinadas categorías que remiten a los componentes básicos del terrorismo desarrollados y retomados por el autor a lo largo de su trabajo. La extensa introducción opera casi automáticamente como un primer apartado en complementación absoluta con el primer capítulo propiamente dicho. Por su parte, la breve conclusión cede lugar a la bibliografía citada, dividida en textos primarios y secundarios, y a un índice temático y onomástico que pone fin a la obra.

En el albor de la introducción, Appelbaum ofrece a sus lectores la historia del asesinato de George Villiers, duque de Buckingham, a manos del soldado John Felton. El fatal suceso de 1628 fue retratado por poemas y canciones compuestas incluso poco tiempo después de ocurrido. No obstante, el historiador neoyorquino remarca su preferencia por el análisis de las ideas y reflexiones míticas que dieron sustento discursivo a los derramamientos de sangre en detrimento de la ponderación puramente factual. Analiza, entonces, un corpus literario que se remonta tanto a sucesos notables del pasado romano como a ciertas historias veterotestamentarias. A pesar de no estar conformado por representaciones enmarcadas en un mismo género, este conjunto de obras comparte una problemática inherente al sistema moderno. La decisión de hacer a un lado los hechos puntuales prepara el terreno para un análisis del terror que, en su opinión, existiría desde mucho antes de la acuñación del término durante el ascenso jacobino en 1793 y asentado con la reacción termidoriana del año siguiente. No obstante la presencia del terrorismo en las profundidades de la historia, Appelbaum se focaliza en las ficciones discursivas que dieron cauce a la violencia en diferentes reinos europeos (Francia, Inglaterra y Escocia) en el periodo 1559–1642. Las ficciones posibilitadoras (*enabling fictions*) sobre las que descansan las agresiones requieren de aquel corpus literario para definir la función social comunicativa del terror, reverso exacto de su otra función más destructiva que motoriza las sensibilidades de anuencia o rechazo hacia la violencia.

Una vez expuestas las principales ideas de su planteo, Appelbaum repasa las fuentes teóricas que influenciaron su investigación, destacándose el aporte de los antropólogos William Douglass y

Joseba Zulaika quienes repensaron al terrorismo liberándolo de cualquier tabú cuasi mítico<sup>2</sup>. A su vez, la profusa inclusión de referencias literarias da pie a la aplicación de un análisis de los elementos retóricos comunes a los discursos desarrollado por el crítico literario y filósofo Kenneth Burke<sup>3</sup>, en función de las cinco preguntas básicas que encierran los dramas humanos, las llamadas “5 W”: *Who, What, When, Where, Why*. El primer interrogante va en busca de un agente, el segundo atiende la acción, la tercera y la cuarta pregunta indagan la escena mientras que la última se ocupa de los propósitos. El modo de combinar dichas preguntas y su ordenamiento representan un acicate para el análisis de los disturbios en sí como de los textos que los soportan. La relevancia del planteo de Burke para el estudio de las representaciones consiste, según Appelbaum, en la claridad analítica que aporta para ampliar las nociones motivacionales que pesan sobre el terrorismo. Al analizarlo desde el punto de vista de su mitografía promueve un ejercicio que revisita los textos envueltos en la gestación de ficciones que lo hicieron pensable a pesar de la inexistencia de la palabra.

Como se ha anticipado, el autor sugiere que lo temporal no es determinante para clasificar un hecho como terrorista sino más bien las cinco motivaciones que contienen al fenómeno. Así, la mirada transhistórica que sostiene el autor es una renuncia implícita al esfuerzo por definirlo. Por otro lado, podríamos sugerir que este estudio es fruto del clima de tensión heredado tras el 11-S al propiciar la comprensión de la violencia terrorista tanto entre los académicos —cuyo interés queda demostrado en la rápida aparición de la revista virtual *Critical Studies On Terrorism* en 2008— como entre las instituciones internacionales, las cuales complementaron dicha labor. Así lo prueba la resolución número 1566 emitida por el Consejo de Seguridad de la ONU en 2004, donde se describe al acto terrorista como criminal. En ella se retoma el espíritu de la afirmación hobbesiana sobre la necesidad del miedo para hacer posible la sociedad política, dado que el temor es un medio compartido por regímenes establecidos e insurrectos para controlar la voluntad de la mayoría frente a un enemigo real o imaginario<sup>4</sup>. Dicha resolución buscó combatir a Al-Qaida y los Talibán

---

2 Sobre la obra de ambos antropólogos véase: Zulaika, Joseba y Douglass, William: *Terror and Taboo: The Follies, Fables, and Faces of Terrorism*, Nueva York, Routledge, 1996.

3 Véase: Burke, Kenneth: *A Grammar of Motives*, Berkeley, University of California Press, 1969.

4 Véase: Hobbes, Thomas: *Leviatán: o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*, México, Fondo de Cultura Económica, 1940.

sin tomar como referencia otros grupos armados, ni civiles solitarios que atentan contra su comunidad, ni tampoco ejércitos nacionales o sus posibles fraccionamientos. Como corolario, Appelbaum considera que la definición propuesta por la resolución falló en sus objetivos al ser menos una declaración legal consensuada que un pronunciamiento político forzado por el contexto, y cuyo correlato más tangible fue el endurecimiento del código penal en los países que se auto-incluyeron en el llamado “eje del bien”.

No deberíamos menospreciar la influencia que ejerció sobre esta obra la postura del historiador Walter Laqueur en torno a la flexibilidad académica necesaria en pos de un abordaje serio del problema complementándose con la obligación del investigador de rehuir a las generalizaciones, las acusaciones, la confusión legal y los esencialismos identitarios, pero señalando que el terrorismo posee algunos rasgos mínimos como “the systematic use of murder, injury, and destruction, or the threat of such acts, aimed at achieving political ends”<sup>5</sup>, casi en la misma línea de análisis propuesta por la resolución arriba mencionada. Tales rasgos se perciben a lo largo del tiempo no importa dónde sea que se reconozca el terrorismo y, por ende, una definición minimalista reducida a estas señales particulares nos haría perder de vista la variedad de contextos y formas que adquiere. Desde una perspectiva semántica, Appelbaum asocia dicha pluralidad a los ejemplos propuestos por Wittgenstein para graficar su idea de parecidos de familia (*family resemblances*)<sup>6</sup>. Advierte el historiador que la profundidad histórica del fenómeno no debería propiciar un estudio del mismo como algo estanco o un *a priori* que prescinde de la experiencia. Con un tono ligeramente historicista, Appelbaum se remite al concepto de *episteme* utilizado por Foucault para señalar que el terror adquiere una variedad de formas comprensibles desde marcos temporales y de saberes específicos<sup>7</sup>. Por último, la digresión teórica de la introducción permite una reflexión sobre el modo de escribir y explicar la mitografía que sostiene al discurso violento. Según Appelbaum, la explicación mitográfica debe proseguir el método de interpretación estructural del mito establecido por Claude Lévi-Strauss, el cual, lejos de estar

---

5 Laqueur, Walter: *No End to War: Terrorism and in the Twenty-first Century*, Nueva York, Continuum, 2004, p. 238.

6 Véase Wittgenstein, Ludwig: *Philosophical Investigations*, Oxford, Basil Blackwell, 1958.

7 Véase Foucault, Michel: *Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines*, París, Galimard, 1966.

agotado reafirma su vigor en la actualidad dado que el discurso del terrorismo *avant la lettre* posee un funcionamiento similar al del mito<sup>8</sup>.

En la intensa aglomeración de autores y conceptos de la introducción, Appelbaum sugiere que la violencia ha probado ser necesaria en algunos casos para acelerar cambios sociales, pero en líneas generales la historia, cual *magistra vitae*, desmiente el acierto de su uso por ser una equivocación moral. El autor manifiesta su rechazo al furor sangriento, pero no puede evitar sentirse fascinado por la destrucción creativa inherente a los relatos que lo justifican. Precisamente, en el primer capítulo el lector encontrará los textos y contextos que tejen el corpus literario que representó la violencia política durante los siglos XVI y XVII en Europa. Las historias más antiguas sobre el terrorismo heredadas por los hombres modernos tenían su raíz en los relatos del Antiguo Testamento así como en la historia clásica. La interesante propuesta de Appelbaum sigue el recorrido de aquellas narrativas en las obras de las más prominentes plumas del periodo como Shakespeare, Lorenzino de Médici, Agrippa D'Aubigné, John Milton, George Buchanan, entre otros autores más o menos reconocidos según la trascendencia de sus trabajos. En éstos, la figura heroica individual se convierte en el factor cohesivo y fundador de una identidad colectiva, estructurando e incluso justificando el accionar disruptivo y transmitiendo a través suyo la voluntad divina, ya que en la óptica del autor, la violencia es ante todo comunicación. Precisamente, la finalidad de estas historias era comunicar (representar) la violencia política como idea aunque también como acción hasta convertirla en un instrumento. En cuanto al contexto, Appelbaum entrelaza las filiaciones dinásticas, las rivalidades y enfrentamientos confesionales con los sucesos acaecidos en Francia e Inglaterra, y en menor medida Escocia, en el periodo abierto por la coronación de Isabel I y la firma del tratado de paz de Cateau-Cambrésis en 1559 hasta las detonaciones que inauguraron la primera guerra civil inglesa en 1642. La circulación de aquellas ficciones durante el periodo permite ver una forma secular de narrar los conflictos, afín a las múltiples fuerzas en tensión en el contexto de la compleja formación de los aparatos estatales modernos y la noción de soberanía que los acompaña. La irrupción de las guerras civiles inglesas permite al autor sostener que, desde enton-

---

8 Véase Lévi-Strauss, Claude: *Structural Anthropology*, Nueva York, Anchor, 1967, cap. XI.

ces, fue el discurso político el que pasó a dominar la escena distanciándose de la literatura díscola y posibilitando contiendas exclusivamente políticas que permitiesen la aparición de nuevos actores en escena. Podríamos preguntarnos, por lo tanto, cuáles fueron los canales por donde se manifestó el *terrorism before the letter* desde 1642 hasta la revolución francesa, y si efectivamente las obras literarias que circularon por entonces dejaron de referirse al terrorismo de un periodo previo, escapando a cualquier periodización. El primer capítulo culmina con un apéndice que ordena y resume los acontecimientos más destacados en los tres países entre 1559 y 1642, y los textos que se asocian con cada uno de estos eventos. Dicha periodización cuantifica una serie de sucesos sobre una base cualitativa de factores que impide considerar como actos terroristas a los levantamientos campesinos de Romans en 1579 o el incendio del castillo de Dorbain (1578), entre otros, al no poseer las cualidades que Appelbaum le otorga a su objeto de estudio.

El acto irrumpe ante lo que aparece como crítico a los ojos de sus participantes y es central para la manifestación del terrorismo al condensar todos los elementos del complot. A modo de ejemplo, la reintroducción de la historia bíblica de Judit invita a pensar la nueva vida que cobró el relato con los asesinatos individuales y masacres colectivas del siglo XVI. Por más efectivos que hayan sido los actos, después de efectuarse requieren despojarse de la ambigüedad (*disambiguate*) de sus motivos. Al respecto, Appelbaum señala que la violencia es pensada no sólo para eliminar una amenaza simbólico-existencial en un contexto de crisis social sino también para derrotar al discurso que la posibilita. Pero el derramamiento de sangre no siempre se concreta y el propio *Gunpowder Plot* nos advierte que el acto no necesita ser efectivo para que sus resultados sean formidables. Sobre el relato de Judit, sugerimos que también constituyó un tema frecuente en la pintura de la modernidad, la cual fue tan proclive a generar discursos justificadores de la violencia como la literatura. Al respecto, Burucúa y Kwiatkowski demostraron en “*Cómo sucedieron estas cosas*” que tanto los relatos escritos como la propia pintura renacentista — entre otras fuentes— son huellas en las que es posible hallar la necesidad de narrar las masacres temprano-modernas a pesar del horror que supone el exterminio<sup>9</sup>. Pero el examen de las artes plásticas en el periodo analizado por Appelbaum escapa a los objetivos y perspectivas del autor, quien acaba

---

9 Burucúa, José Emilio y Kwiatkowski, Nicolás: “*Cómo sucedieron estas cosas*”: *representar masacres y genocidios*, Buenos Aires, Katz, 2014.

desaprovechando la posibilidad para decirnos cuánto hay de *enabling fiction*, por ejemplo, en el infeliz cuadro de François Dubois sobre la matanza de San Bartolomé que retrata la cubierta del libro aquí reseñado.

El tercer capítulo entrecruza los recorridos de quienes ejecutan la agresión con quienes la sufren. Unos y otros son agentes imposibilitados de escapar a los nuevos horizontes de representación y entendimiento de la modernidad que modificaron sustancialmente la apreciación de la subjetividad y la percepción del personaje literario. De ahí que Appelbaum busque aproximarse al agente a través del concepto “*actant*”, desarrollado por la crítica literaria en detrimento de los análisis especulativos que buscan establecer una psicología general del terrorismo previo al triunfo de la racionalidad moderna. El personaje en el centro de la escena humaniza lo político dada la imposibilidad de separar tal esfera de los deseos del agente, ya que éstos oscilan entre las pasiones y la ideología. Por su parte, los textos adquieren mayor relieve en la creación del concepto de persona como construcción social, de allí el hincapié que hacen las historias del terrorismo *before the letter* en sus personajes principales enfrentados *vis-à-vis* con el problema de la responsabilidad: los agentes están atravesados por una disputa o agón interno que remite a un *topos* propio del teatro antiguo.

En las obras también se suceden incansablemente las escenas de asesinatos a modo de sacrificios para conjurar el mal, así como la distribución de personajes según los cambios de roles, dualidades y disimulación en su carácter. Los textos describen también la búsqueda de chivos expiatorios como ocurrió en las respuestas literarias al suplicio público de François Ravailac en 1610. Eventos como éste desafían al *status quo* de turno, pero no dejan de formar parte de la llamada “parábola del terrorismo”, gracias a la cual la audiencia se compadece de los criminales aunque disfruta de su castigo. El papel que jugaron las multitudes urbanas de París en la violencia descargada contra el asesino de Enrique IV confirmarían el apego del pueblo por aquel sistema de dominación, ese “no sé qué” de la servidumbre voluntaria según Étienne de la Boétie<sup>10</sup>.

---

10 Véase Boétie, Étienne de la: *Discours de la servitude volontaire*, Paris, Flammarion, 1993.

La escena que contiene las acciones es el eje del cuarto capítulo, donde Appelbaum apela a la definición de rito que da el Oxford English Dictionary para criticar la noción de “rito de violencia” propuesta por Natalie Zemon Davis para identificar los arrebatos sangrientos de las guerras de religión en Francia<sup>11</sup>. La crítica reside en que el rito está prescrito de antemano, determinado temporal y espacialmente: es esta determinación la que le impedirá ascender su nivel de violencia. Así, el autor insiste en que los episodios de violencia iconoclasta como el de la iglesia de St. Médard en 1561 involucraron un notable caso de terrorismo y no un rito, según la búsqueda de mensajes políticos y violentos que la lucha interconfesional buscó dar. Pero el afán crítico con que Appelbaum aborda la violencia escénica choca nuevamente con el anacronismo en el que incurre al utilizar vocablos ajenos a la época que analiza aunque termine reconociendo que no puede haber terrorismo antes de la invención de la palabra.

Las fuentes literarias sobre los acontecimientos de San Bartolomé o el *Gunpowder Plot* remiten a un mundo atacándose a sí mismo en el que surgen sensibilidades por entonces inexistentes que permitieron: en el caso francés, aproximarse dificultosamente al problema de cómo narrar los tristes eventos agrupados bajo el concepto masacre y permitiendo su aparición en el lenguaje. En el caso inglés, el historiador manifiesta que el fallido complot de 1605 dio forma a un nacionalismo inédito reflejado en la paranoia social que supuso la vulnerabilidad estatal por el desgobierno de las fuerzas internas. Siguiendo con esta tendencia a ver fenómenos de manera anticipada, el autor sugiere en el quinto capítulo la existencia de una esfera pública mucho antes del siglo XVIII. Su aparición se habría visto favorecida por la existencia del mensaje violento, compuesto de tres elementos (emisor, receptor, mensaje) idénticos a los que Roman Jakobson propuso en su teoría de la información<sup>12</sup>. Con esto, Appelbaum demuestra que el fin último del terrorismo es enviar mensajes de naturaleza política y también violenta, pero la violencia real también es simbólica y está destinada a los diversos públicos que formaban aquella esfera *avant la lettre*. Por un lado, al público activo en la acción; por otro, a los receptores de las obras tumultuosas. Además de no profundizar en las condiciones que posibilitaron el surgimiento de la incipiente esfera pública, este planteo pone escaso énfasis en las restricciones del bajo nivel de alfabetismo que operaba sobre aquella atentando contra la claridad del mensaje y distorsionando las ideas transmitidas en el acto.

---

11 Zemon Davies, Natalie: “The Rites of Violence: Religious Riot in Sixteenth-Century France”, en *Past & Present*, No. 59, Mayo 1973, pp. 51-91.

12 Véase Jakobson, Roman: “Closing statements: Linguistics and Poetics”, en Sebeok, Thomas A. (ed.): *Style in Language*, Cambridge, MA, The Massachusetts Institute of Technology Press, 1958, pp. 350-377.



¿Cuáles son los propósitos trazados por la violencia? ¿Cómo se establece el vínculo entre el individuo y la violencia política en el conflicto religioso? Appelbaum disecciona el accionar brusco en función de la amenaza que supone a la moralidad y la imaginación humana. Su propuesta considera los propósitos iniciales del terrorismo, el discurso posibilitador y el resultado final de la acción, el cual puede resultar ser muy diferente de lo planeado, en la imbricada relación entre lenguaje y violencia. Si bien no hay lugar a comparación alguna entre la palabra y las armas, las sitúa al mismo nivel siguiendo el compromiso de los agentes violentos, por un lado, y la publicación de textos sobre el terrorismo *before the letter*, por otro. Después de todo, la invención de la imprenta y la Reforma fueron factores ineludibles para modificar sustancialmente la relación del individuo con la lucha interconfesional en los siglos subsiguientes. Al igual que la figura bíblica de Judit, Sansón también adquirió gran renombre durante aquellos siglos, particularmente en Inglaterra. Si la reforma de las conductas buscaba disciplinar las emociones y desterrar la violencia de la vida cotidiana, ¿cómo concebir, entonces, la reaparición del juez israelita en los textos? La caótica situación pre-revolucionaria en la isla permitió que dicha figura, ligada a la fuerza y la destrucción fuera convertida en baluarte de la verdadera fe. El discurso terrorista escogió un guerrero asociado a Dios para exaltar la entrega de la vida por una causa y asegurar la salvación de su colectivo social por medio de la aniquilación del enemigo.

En conclusión, la interesante propuesta de Appelbaum busca dilucidar los orígenes de la violencia terrorista en Occidente haciendo de la literatura de combate que la acompaña el eje de su análisis, lo cual es una buena muestra para medir los aciertos y errores de dicho enfoque aplicado a los estudios históricos. En *Terrorism Before The Letter*, pasado y presente se funden en un asunto de suma complejidad que apela a una utilización de conceptos no siempre familiares al lector ni demasiado esclarecidos por el autor. En sus líneas, héroes y villanos reescriben y gestan una memoria que capta la atención del lector consciente de la sombra que proyecta el terrorismo sobre el mundo contemporáneo, pero no siempre atento a la fragmentación del concepto a la que asistimos en el presente. Inicialmente asociado a lo político, el terror ha logrado escapar a dicha etiqueta vinculándose con numerosas esferas humanas como lo económico, lo religioso, la ecología e incluso la ciencia y tecnología, volviéndolas susceptibles de alterar los contornos de la paz agitando el teatro de las emociones humanas.